

Creo todos hemos oído decir alguna vez que un leer un libro es una forma de viajar. Leer es asomarse a una ventana, una invitación a descubrir otros mundos, a vivir otras vidas, a conocer otras realidades, a aprender a mirar desde una perspectiva diferente a la propia. Es hacer un viaje hacia el exterior que nos nutre y nos alimenta de un modo muy particular.

Si leer es efectivamente eso, escribir es abrir esa misma ventana hacia dentro de uno mismo. Es un camino hacia tu propia esencia, de nuevo una invitación a la reflexión, al autoconocimiento, a la introspección. En mi experiencia, escribir es también un peregrinaje al centro de la memoria, un paseo por la propia piel para verter en un papel una parte de mí. Y es indiferente que el relato describa conquistas épicas, aventuras estelares o historias cotidianas, todo lo que escribimos habla inexorablemente de nosotros.

Al no estar sujeta a la inmediatez, la palabra escrita nos permite transmitir con calma lo que nos emociona, llorar lo que nos hiere o incluso reírnos de lo que nos duele y situarnos frente a un espejo en el que nadie verá claramente nuestro reflejo salvo nosotros mismos.

Pero antes de la escritura existe un espacio sagrado, sin el cual esta no sería posible, el instante entre el pensamiento y el trazo, la pausa necesaria que favorece la creación. En un mundo en el que todo sucede demasiado deprisa, escribir es una forma de meditación, una manera de resistir, un acto de rebeldía, si queréis.

Escribir nos conecta, en primer lugar con nosotros mismos. Eso que parece tan obvio es complicado porque no siempre es fácil a mirar hacia el interior. Y, en segundo lugar, nos conecta con quien nos lee, con quien va a recibir nuestro relato con la ilusión de conocer, de aprender, de descubrir o incluso solo de entretenerse. Gran reto el de entretener a un lector y hacer que, por un momento, se olvide de su propia vida para vivir la de tus personajes.

Hace un tiempo que dejé de preguntarme «por qué» y empecé a buscar «para qué». Así dejé de pedirte explicaciones a la vida y a buscarle un sentido a las cosas. En ese ejercicio descubrí para qué escribo.

He llegado a una edad en la que soltar, dejar ir, desprenderme de lo superfluo me aporta cierta paz, ligereza. Un sentimiento que paradójicamente choca con mi anhelo de permanecer, no en el sentido de adquirir fama o relevancia, sino como un deseo de devolver parte de lo que me ha sido dado.

Escribo para recuperar un fragmento de la memoria familiar, de las historias de las mujeres que me precedieron y de las que me rodean. Escribo para hacerme preguntas más que para encontrar respuestas, para sanar porque la escritura me resulta terapéutica y para olvidar tras dejar en papel lo que me rompe la cabeza pero también para recordar y para dejar constancia.

En mi corta andadura como autora hay una petición que se suele repetir en mis encuentros con lectores. Me dicen: cuéntenos cómo es tu proceso creativo. Y ahí es donde los defraudo. La mayoría espera una descripción minuciosa del proceso, un calendario en el que estén marcados los tiempos de documentación, borrador, planteamiento de la trama, creación de la escaleta... No siempre mis novelas surgen del orden.

Mis novelas me habitan durante meses y un día siento la imperiosa necesidad de sentarme frente a un teclado, sin más. A veces incluso, sin un rumbo fijo, dejando que los propios personales me guíen, que la historia vaya cogiendo cuerpo página a página después de haber sido, en parte, responsable de infinitas noches en vela.

El proceso puede parecer caótico pero también ahí reside la firma de cada autor. Lo que somos forma parte, irremediablemente, no solo de lo que creamos sino de cómo lo creamos. Por eso escribir es un acto íntimo aunque pueda ir dirigido a un lector desconocido.

No me quiero extender más pero sí, compartir con vosotros algo muy curioso.

Hace ya unos meses, cuando María Olalla me habló de vuestra asociación todavía no se había concretado la fecha de la entrega de premios. Ha sido una maravillosa coincidencia que justo hoy 19 de mayo, se cumplen cuatro años de la publicación de mi primera novela, Siete agujas de coser. El sueño cumplido de una niña que se presentaba a los certámenes literarios de su colegio año tras año alentada por sus maestros de lengua y literatura.

Publicar ese libro era un anhelo que se fue ocultando en el trastero de mi memoria sepultado por la inmediatez del día a día que nos pasa por encima sin pedir permiso. Por eso hoy aprovecho para reivindicar la escritura como el auto regalo que nos invite a detenernos, a abstraernos de cuanto nos rodea y a volver a conectar con quienes somos y con lo que un día nos atrevimos a soñar.